

Vigésimo Segundo Domingo del TO C2025

Las lecturas de este domingo nos invitan a meditar sobre la virtud de la humildad y su papel en la construcción de las relaciones humanas y nuestra relación con Dios.

En la primera lectura, el Eclesiástico nos recuerda que la humildad atrae la compasión humana y el favor de Dios. Los orgullosos están llenos de pretensiones e ignoran los consejos sabios. Siempre buscan cosas que superan sus fuerzas. La actitud correcta es la humildad. Por lo tanto, «Cuanto más grande seas», más humilde te harás.

Esta enseñanza encuentra su aplicación en el Evangelio de hoy. El contexto es una invitación que un fariseo importante le dio a nuestro Señor para cenar en su casa. Al observar que la gente elegía solo los lugares de honor en la mesa, les dio algunas observaciones en forma de parábola.

Nuestro Señor se dirige primero al invitado. Ser invitado a la mesa de alguien es un honor, pero debe ir acompañado de humildad. De lo contrario, el invitado corre el riesgo de ser avergonzado por haber ocupado un lugar que no le correspondía en el banquete. Por lo tanto, en lugar de apresurarse a ocupar el primer lugar en la mesa, es prudente tomar un lugar más bajo para que el anfitrión pueda finalmente honrar al invitado invitándolo a un lugar de honor. Por eso nuestro Señor nos recuerda que todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.

Esta propuesta es desafiante porque nuestra naturaleza humana busca el honor, la alabanza y el reconocimiento. Una cena, por ejemplo, es un lugar apropiado donde deseamos ser reconocidos y recibir el rango que merecemos en la sociedad. Por esa razón, surge una resistencia interior que nos dice: "¿Por qué no recibiré el honor que merezco? ¿Qué hay de malo en ser reconocido en una reunión así?".

Debemos recordar que el problema no es solo el reconocimiento, sino nuestra actitud en estas reuniones. Lo que nuestro Señor quiere que comprendamos es que somos simples seres humanos como cualquier otra persona. Por lo tanto, sea cual sea nuestra posición en la sociedad, debemos ser humildes. Sea cual sea nuestro conocimiento, es poco comparado con la suma de todo el conocimiento. Sea cual sea nuestro logro en la vida, no es nada porque al final la muerte nos golpea a todos por igual, ricos o pobres.

En segundo lugar, nuestro Señor habla al anfitrión. Ser anfitrión es sin duda un gran privilegio y un honor, pero tal gesto debe ser desinteresado. La razón principal por la que debe ser así es que cuando ofrecemos cosas o una cena a quienes no pueden correspondernos, hacemos amigos en el cielo. Quienes no pueden correspondernos ahora son sin duda quienes nos apoyarán cuando llegue el momento del juicio al final de los tiempos.

Lo que subyace a esta declaración de nuestro Señor es la convicción de que Dios se esconde en los pobres, los lisiados, los cojos, los ciegos, los discapacitados, los necesitados, etc. Cuando ayudamos a estas personas, es a Dios mismo a quien sostenemos con nuestros recursos materiales. Como Dios no es ingrato, sin duda nos recompensará en la resurrección de los justos.

Ahora bien, permítanme hacer una pregunta: ¿Significa esto que el cielo está abierto para quien da a los pobres? Aparentemente, sí. Sin embargo, debemos ser cautelosos, especialmente con respecto a la motivación que nos impulsa. ¿Por qué? Porque, si damos a los demás de la misma manera que lo hacemos con nuestros impuestos, es como si cumpliéramos con un deber, en cuyo caso perdemos el punto de vista de nuestro Señor.

Además, si damos a los demás solo por interés propio, como si invirtiéramos en las cuentas de Dios, perdemos el punto de vista de nuestro Señor. En tal caso, nuestra generosidad es solo una justificación de nuestro egoísmo. Lo mismo ocurre si damos para sentirnos superiores. En tal caso, nuestra generosidad se convierte en un acto de condescendencia.

Pero, si damos por amor y porque no podemos evitarlo, eso concuerda con el espíritu de nuestro Señor y la lógica del reino. Por eso nunca debemos arrepentirnos de una buena acción realizada en nombre de nuestra fe, aunque no recibamos ningún reconocimiento por ella.

Eso es lo que la lógica del reino nos recomienda hacer: dar por amor, para la gloria de Dios y el bienestar de nuestros semejantes. Aquí nos encontramos, no ante un Juez aterrador, sino ante un maravilloso mediador de una nueva alianza cuya sangre es más preciosa que la de Abel, Jesús. Que tomemos en serio el ejemplo de humildad de nuestro Señor y demos a los demás con compasión, generosidad y respeto a su dignidad, como él lo hizo. Amén.

Eclesiástico 3:17-18, 20, 28-29; Hebreos 12:18-19, 22-24; Lucas 14:1, 7-14



Fecha de la Homilía: el 31 de Agosto, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250831homilia.pdf